
Política y escándalo. Tina Modotti y el crimen de la calle Abraham González¹

Antonio Saborit

En su gran aria "La calumnia", don Basilio, el maestro músico del Barbero de Sevilla de Rossini, describe gráficamente cómo, con un riego apropiado, los susurros malvados crecen hasta convertirse en calumnias realmente grandes e injuriosas. Los menos retorcidos de entre nosotros, podemos interpretar esa misma lección con intención opuesta: en la adversidad, intenta contenerse. El deseo de asignar hechos malvados a una única persona que actúa sola, es reflejo de esta estrategia; las teorías de la conspiración tienen una terrible tendencia a ramificarse como los susurros de Basilio hasta que la solución a "¿quién lo hizo?" acaba siendo "todo el mundo". Pero las conspiraciones existen.

Stephen Jay Gould

1

E*l Machete* informó la aprehensión de un número considerable de miembros del Partido Comunista Mexicano en su primera plana del mes de marzo de 1930. Entre ellos: el secretario general de la Confederación Sindical Unitaria de México (CSUM), Valentín Campa, dos dirigentes de la Cámara del Trabajo Unitario del Distrito Federal, Alberto Martínez y Juan de la Cabada, y un miembro del Consejo Confederal de la CSUM, Roberto Celis. Ya estaban en prisión más de cincuenta comunistas del partido en todo el país, según *El Machete*. Tales aprehensiones se realizaron en febrero, a raíz de que el primer miércoles del mes, el día de la toma de posesión de Pascual Ortiz Rubio, un muchacho de veintitrés años de edad, Daniel Flores, disparó seis balas al Cadillac cubierto en el que viajaba el nuevo presidente de México acompañado de su esposa, su sobrina y su secretario, al salir éstos del Patio de Honor del Palacio Nacional con rumbo a Chapultepec.

A juzgar por *El Machete*, los miembros del

PC parecían detentar el monopolio del martirio. Pero los acompañaban en prisión algunos de los simpatizantes de José Vasconcelos y gente del clero que al poco tiempo obtuvieron su libertad, por lo que el sábado 15 de marzo los comunistas se pusieron en huelga de hambre en la Penitenciaría. Esta huelga duró cuatro días, pues les pusieron en libertad, y otra huelga idéntica, que llegó a los seis días, se inició el viernes 21 de marzo al ser arrestados de nuevo. Este mismo día se realizó una manifestación para exigir la libertad de los presos, a lo que el Estado respondió con la clausura del local de la CSUM. Las persecuciones y encarcelamientos, los interrogatorios y embargos, en una palabra, la represión estatal fue para la mayor parte de los miembros del Partido Comunista mexicano una estrategia; David Alfaro Siqueiros, interrogado a mediados de marzo por el jefe del Servicio Confidencial de la presidencia, el coronel José Manuel Escalante, y los agentes Alfonso Vallejo y Florencio Moreno, opinaba que el Estado empleó el atentado para irse contra los comunistas.

Siqueiros.— Nosotros creímos cuando se aprehendió a los primeros, que el gobierno se iba a aprovechar para iniciar una campaña en contra del Partido Comunista. Nosotros considerábamos que el gobierno podía sospechar de nosotros.

Escalante.— Así es como se le aprehendió a usted, porque nosotros con tenacidad hemos seguido el asunto, así nosotros vamos a seguir urgando sobre el asunto, y por eso le suplico que procure hablarnos con sinceridad. Usted nos acaba de decir que esperaba que el gobierno se aprovechara...

Siqueiros.— [Para] desordenar nuestro partido y cortarle la cabeza a nuestra organización.

Escalante.— Pero usted ha dicho que ustedes mismos no habían pensado.

Siqueiros.— Es decir, por lo del atentado, tan es así que nos agarraron.

Escalante.— Nosotros no.

Siqueiros.— Nos agarraron a la puerta sin que hubiera la menor precaución; a mí no me cogieron porque cuando yo llegaba un compañero me dijo que nos estaban aprehendiendo. No podía suponer que el gobierno creía que nosotros teníamos la responsabilidad, era un pretexto para ver cuántos éramos y dónde estábamos.²

Los partidarios de Vasconcelos resintieron asimismo la persecución estatal. El general Eulogio Ortiz, comandante militar del Valle de México, y el jefe del Quincuagésimo Primer Regimiento de Caballería, general Maximino Avila Camacho, acuartelado en la Hacienda de Navarrete, presidieron la primera matanza del gobierno de Pascual Ortiz Rubio. Trasladados de las celdas de la misma Hacienda de Navarrete a las cercanías del pueblo de Topilejo, unos veinte favorecedores y partidarios de Vasconcelos cavaron su propia tumba y, acto seguido, se les ejecutó, mutiló y sepultó en la improvisada fosa. Ambos generales se reservaron para sí el silencio: se había comprendido que la impunidad requiere para su ejercicio el exorcismo de la jactancia. Pero un mes

después de consumada la masacre, el domingo 9 de marzo, se hizo del conocimiento general el destino de estos vasconcelistas al desenterrar un perro algunos pedazos de cadáveres.

Apreciar en el destino de algunos dirigentes del PC mexicano, como advirtió John Skirius, las presiones de que éste fue víctima a lo largo de 1929 —un año que empezó precisamente con el asesinato del dirigente comunista cubano Julio Antonio Mella y con el linchamiento moral de Tina Modotti—, y ver en el hundimiento oficial de ese partido en 1930 la culminación de una escalada represiva, es perspectiva justa que corre el riesgo de disminuir o de ocultar manifestaciones laterales, las suertes personales ante tales presiones.³

2

Julio Antonio Mella murió en la madrugada del viernes 11 de enero de 1929, en una camilla de la Cruz Roja, tras recibir dos balazos poco antes de las diez de la noche del jueves.

Mella vivió en México durante dos épocas distintas y bajo circunstancias asimismo diferentes. En la primera, a los dieciséis años, hasta llevó un *Diario de viaje* bajo su nombre verdadero, Nicanor McPartland.

La segunda estadía mexicana de Mella empezó en 1926 bajo el signo del exilio político.

En su adolescencia fue alumno de la Academia Newton, en donde el poeta mexicano Salvador Díaz Mirón mitigaba sus personales filias políticas con la clase de Historia Universal y otros habanerismos. La Escuela de Derecho de la Universidad de La Habana abrió sus puertas a Mella en 1921. Eran días de antimperialismo y agitación estudiantil y en ellos el muchacho destacó al acusar de nulos a quince profesores universitarios: "viejos, incapacitados física y mentalmente para ninguna labor educativa [...] incapacitados en el orden moral, por especular con sus cátedras, por tarifar las notas y por vender las calificaciones con cinismo [...], viciosos, con vicios orgánicos [...] y, por último [...] quienes poseían academias particulares, estableciendo

la necesidad de que cada estudiante fuera a ellas, a fin de no sufrir injustas calificaciones en los exámenes”.

En los primeros días de 1923, desde el Directorio de la Federación de Estudiantes, Mella promovió una reforma en los planes de estudios y la renovación del profesorado, para lo cual más de siete mil estudiantes universitarios se lanzaron a la huelga. El éxito de este movimiento se encargó de animar el primer Congreso Nacional de Estudiantes, en el mes de octubre del año de la huelga. El triunfo, además, acercó al joven alumno de leyes a otra causa: la de los desheredados. Colaboró entonces en la fundación de la Universidad Popular José Martí y de la revista *Juventud*. Al año siguiente, Mella se afilió a cierta Agrupación Comunista de La Habana y echó a andar una Liga Anticlerical y la sección cubana de la Liga Antimperialista de las Américas. El y el legendario Carlos Baliño, quien en 1892 fundó con José Martí el Partido Revolucionario Cubano, convocaron el Congreso Constituyente del Partido Comunista de Cuba, celebrado en La Habana en agosto de 1925. Esto colmó su expediente y, primero, se le expulsó de la universidad y, enseguida, se le envió a prisión, según la voluntad del presidente Gerardo Machado, pero salió tras mantenerse por dieciocho días en huelga de hambre.⁴

El aprendiz de abogado fue también aprendiz de escapista y logró balbucir su propia culminante fuga de la isla en las primeras semanas de 1926.

Mella hizo escala fugaz en Guatemala antes de frenar su recorrido cauto en la ciudad de México e incorporarse al Comité Ejecutivo de la Liga Antimperialista de las Américas. Rusell S. Blackwell, pionero de la Oposición de Izquierda en México como Mella, ingresó al país el 19 de mayo de 1926 por Douglas, Arizona. Blackwell, mejor conocido por su ocurrente *nome de guerre*: Rosalío Negrete, originario de Brooklyn, Nueva York, y un año menor que Mella, se empeñó como este último en la organización trotskista en el estado de Veracruz — en donde, a dos meses de la muerte del cubano, obtuvo licencia para portar pistola — y

salió de México por Piedras Negras, Coahuila, el 6 de noviembre de 1929.⁵

Poco después de su llegada, Mella escribió: “En este ambiente de agitación y experiencia revolucionaria, único en América, estoy como en una universidad de pueblos, como en un magno laboratorio de sociología aprendiendo para el obrero y campesino de Cuba. Hay que ver y amar la lucha y los dolores de todos los hermanos revolucionarios para adquirir experiencia”. El primer año de Mella en México sirvió para urdir unas *Glosas al pensamiento de José Martí*. Poco después, en febrero de 1927, el cubano llevó la representación de la Liga Antimperialista de las Américas (así como la representación de una liga más, la Nacional Campesina de México) a un Congreso Mundial contra la Opresión Colonial y el Imperialismo, celebrado en Bruselas, Bélgica.

Ya en Europa, en la plenitud del invierno, Mella viajó por primera y única vez al país de los soviets; ahí accedió a los roces en el interior del PC, supo de las tesis de la Oposición de Izquierda y conoció al catalán Andreu Nin.⁶

Al regreso de Moscú, la actividad política de Mella en la ciudad de México mostró simpatías y coincidencias con las posturas de la Oposición de Izquierda en el seno de la Internacional Comunista —posturas adversas a Stalin y Bujarin. Mella se concentró alrededor de su comisión en el área legal del Socorro Rojo y en su asidua asistencia en *El Machete*, pero asimismo intentó crear en México una tendencia opositora. Diego Rivera plasmó su imagen en un mural, precisamente junto a Tina Modotti y Vittorio Vidali, en el tablero *El arsenal en Del Corrido a la Revolución*. La lectura y discusión de los textos de Trotsky encendían la reflexión política de Mella y llegó a pensar en la conveniencia de crear una central sindical independiente para los obreros comunistas. Cuando en mayo de 1928 Mella empezó a editar la revista *Cuba Libre* —cuya dirección y administración recayó en manos de otros dos muchachos cubanos, Manuel Cotoño y Rogelio Teurbe Tolón—, y echó a andar la Asociación Nacional de Nuevos Emigrados Revolucionarios de Cuba —para “reunir en una

organización a todos los que han tenido que salir de Cuba apremiados por la reacción machadista"—⁷, la nombradía de trotskista de Mella era grande. Alfred Stirner, suizo, reclamó se expulsara al cubano del partido por su "actividad fraccional". La decisión de continuar sus estudios de Leyes llevaron a Mella a incorporarse a la Universidad Nacional, en el verano de 1928, tras lo que organizó una Asociación de Estudiantes Proletarios y publicó el primer número de una revista sospechosa de filiación trotskista, *Tren Blindado*.

3

Tina Modotti estuvo en la escena del crimen de Julio Antonio Mella. Su presencia en ese tiroteo nocturno fue oportunidad que se aprovechó para atenuar los indicios de un asesinato a todas luces político e introducir la pasamentería de un crimen pasional que la complicaba a ella.

Los primeros días de enero de 1929 la intensa actividad política de Julio Antonio Mella atravesaba por un extraño tiempo muerto. Era año electoral en el país y en los diarios del jueves 10 de enero se dijo que la campaña política de José Vasconcelos había arribado a Acaponeta, Nayarit. *La espía*, protagonizada por Greta Garbo, en su segunda semana de exhibición se proyectaría en el Venecia. El jueves por la noche, Tina Modotti y Mella, juntos, salieron de las oficinas del Socorro Rojo en Isabel la Católica 83, y en la calle tomaron rumbos diferentes en el acuerdo de verse al rato.

Ella, por encargo de él, fue a poner un cable dirigido a la revista cubana *El Semanal*; en él se rectificaba cierta información relativa a que Mella y sus amigos habían agraviado la bandera cubana en un baile de fin de año, según el reproche reciente del presidente de la isla Gerardo Machado. El, entre tanto, acudió a una cita en la cantina La India, en la esquina de Bolívar y República del Salvador.

Mella alcanzó a Tina Modotti en las oficinas del telégrafo y rumbo a casa le narró la conversación que acababa de tener con un vistoso

paparazzi, José Magriñat. Este sujeto vivía en la ciudad de México, y, puesto que acababa de viajar a Cuba, sabía que de la isla venían dos matones a asesinar a Mella. Es seguro que el muchacho supiera que Magriñat había sido incondicional pieza clave en el gabinete del presidente Mario Menocal y que tal circunstancia le permitió lograr feliz concesión para poner una casa de juego en La Habana. Mella y los suyos le consideraban una especie de contacto más o menos confiable y de temer.⁸ En cambio, Mella tal vez ignoraba los detalles de la salida de Magriñat de la isla, esto es, su encarcelamiento tras su participación en los violentos acontecimientos de Camagüey en octubre de 1924 y el arreglo de su libertad. En la ciudad de México, Magriñat trabajaba para una casa comercial en la calle de Tacuba y visitaba con frecuencia el despacho de un abogado cubano, Amaral, en donde se le consideraba un chulo y espía del gobierno cubano.⁹

Juntos, Magriñat y Mella, salieron de La India. Habían despachado su asunto en un instante. El primero se fue por la calle de Mesones, hacia su casa en el 19 de la privada de Nazas, y Mella hacia Uruguay.

De las oficinas del telégrafo, en San Juan de Letrán e Independencia, Tina Modotti y Julio Antonio Mella se dirigieron a pie hasta Balderas, siguieron por la Avenida Morelos y al llegar a Abraham González doblaron hacia la izquierda rumbo al edificio Zamora, sito en el 31 de esa calle, en donde compartían el departamento.

Eran las nueve de la noche, pasadas.

Al doblar en la esquina, Tina Modotti escuchó dos detonaciones, y Mella, que llevaba del brazo derecho a la muchacha, se echó a correr, atravesó la calle de Abraham González y cayó en la acera de enfrente. Ella alcanzó a comprender que les habían disparado por la espalda y aún percibió el olor de la pólvora; enseguida fue detrás de Mella, se arrodilló a su lado y colocó la cabeza del herido sobre sus muslos. El le dijo que José Magriñat tenía que ver con este incidente y luego gritó: —¡Machado me ha mandado matar! ¡Muero por la revolución!

Mella llegó con vida a las instalaciones de la Cruz Roja y ahí, aun cuando se dijo que sus lesiones ponían en peligro su vida, se levantó acta con su declaración: “—Estoy seguro —dijo al comisario del segundo turno, Fernando Carrillo— que mis agresores fueron dos individuos, enviados expresamente por el gobierno de Cuba, pues yo soy de ideas comunistas, contrarias a las del gobierno cubano. Haga constar en el acta que hace dos años me desterré de Cuba porque me pretendían matar” —añadió Mella. Luego agregó el nombre del señor José Magriñat, su encuentro momentos antes de la balacera, así como la información sobre los dos matones enviados desde Cuba. Dicho esto, el comisario Carrillo leyó en voz alta esta declaración veloz, Mella asintió y la ratificó en todas sus partes, pero al fin no tuvo la fuerza para implantar su mínima firma.

Enseguida se tomó declaración a Tina Modotti: viuda, fotógrafa, originaria de Venecia, Italia. Y ella rindió ahí mismo su versión de la balacera.

En el acta, el comisario Carrillo añadió:

Posteriormente, siendo las dos horas quince minutos del día once de enero de mil novecientos veintinueve se recibió aviso telefónico de la Cruz Roja de que el señor Julio Antonio Mella había fallecido en dicha institución. Se trasladó el personal de esta oficina y el de la Sección Médica encontrando el cadáver del que en vida llevó el nombre de Julio Antonio Mella, en la situación y posición que en el acta médica se describe, la cual se acompaña.

Con todas las diligencias, el comisario del segundo turno desahogó lo siguiente: un pantalón negro, un saco negro, combinación color morado, una camisa, un sweater café, unos tirantes, un par de ligas, un par de zapatos cafés, un abrigo color rata, un cinturón negro, una libreta roja con lápiz y un periódico *El Machete*. Y puso a disposición de Tina Modotti el cadáver en el Hospital Juárez.¹⁰

4

Valente Quintana, jefe de las Comisiones de Seguridad, inició su pesquisa criminalística la misma noche del jueves 10 de enero. He aquí a un jabalí dorado: el agente fiel a las órdenes de su superior en la Jefatura de Policía del Departamento Central del Distrito Federal, general Lucas González.

Quintana en persona debía sondear y despejar este caso.

Este probadísimo agente, famoso por sus faenas en lo delincencial y por cuanto la voz popular añadía cotidianamente a su leyenda como eficaz sabueso obregonista, visitó la escena del crimen, conjeturó el recorrido del o de los agresores, recogió testimonios entre los vecinos y, hacia las dos de la mañana, en atención a las acusaciones contra un tal José Magriña o Magriñat, obtuvo el paradero de este cubano y se comunicó telefónicamente con él para decirle que debían hablar frente a frente. Unos minutos después, Quintana llamaba a la puerta indicada en la privada de Nazas y ponía al tanto a Magriñat sobre la balacera que acababa de costar la vida a un tal Julio Antonio Mella en el hospital de la Cruz Roja. Magriñat negó estar implicado en el asunto, para responder un comentario de Quintana a propósito de ciertas acusaciones en su contra, y enseguida añadió que el joven cubano tenía relaciones “con una muchacha italiana, la cual parece que había tenido otro amigo y tal vez ése sea el criminal”.¹¹

Mientras tanto, esa misma noche, Sandalio Junco y Rogelio Teurbe Tolón fueron a la redacción de *Excelsior* y en nombre de la Asociación Nacional de Nuevos Emigrados Revolucionarios de Cuba manifestaron su convicción sobre el claro motivo político de este criminal atentado: Mella había sido víctima en México del terror de la dictadura machadista. Estos dos jóvenes cubanos entregaron en *El Universal* una carta en la que ratificaban la postura combatiente de la Asociación ante el gobierno de Gerardo Machado.

En el Hospital Juárez, los médicos legistas Erasmo Marín y José Rojo de la Vega, en obe-

diencia a lo dispuesto por el Juez Segundo Penal, examinaron con atento profesionalismo el áspero cadáver de un hombre como de veinticuatro años de edad, rígido, que medía ciento ochenta y dos centímetros de longitud, ochenta y cuatro de perímetro torácico y ochenta y seis de abdominal, con livideces en las partes declives y sangre seca en la pared anterior del tronco y del miembro superior izquierdo. En su acta, los peritos abreviaron así su pesquisa aséptica:

Exteriormente presenta: herida por proyectil de arma de fuego con orificio de entrada circular, de ocho milímetros y cara concéntrica, de cuatro milímetros, con sus bordes hundidos, situado en la cara posterior del codo izquierdo sobre el eje medio del brazo; y el de salida a tres centímetros fuera del eje del antebrazo, dos abajo del pliegue del codo y mide doce milímetros en su mayor diámetro, es irregular y de bordes salientes; el proyectil siguió por lo tanto una dirección de atrás hacia adelante, de izquierda a derecha, y ligeramente de arriba a abajo, interesando partes blandas con fractura con minuta del codo; herida por proyectil de arma de fuego, con orificio de entrada de ocho milímetros circular, con cara concéntrica de cuatro, al nivel de la octava vértebra dorsal, tres y medio centímetros a la izquierda de la línea media posterior; leparotomía supraumbilical de diecisiete centímetros, con una rama horizontal hacia la derecha de siete centímetros, saturada con seis puntos y canalizada con cuatro tubos de goma y gasa, pasando esa rama horizontal sobre el orificio de salida, no pudiéndose tomar sus dimensiones.

Abiertas las cavidades, encontramos: en la craneana, el encéfalo y las envolturas, pálidas, en el tórax y abdomen que el proyectil que causó la segunda herida descrita siguió una dirección de atrás a adelante, de izquierda a derecha y ligeramente de arriba a abajo, penetró por el

undécimo espacio intercostal izquierdo, interesando las pleuras, el diafragma, penetró al vientre, lesionando la vena cava inferior, el lóbulo izquierdo del hígado, el estómago en su pequeña curvatura y salió por el epigastro, a la derecha de la línea media, a cuatro centímetros de ella, e inmediatamente abajo del borde costal; hay resección parcial del sexto y séptimo epigastros costales derechos; los pulmones pálidos; el corazón vacío; el estómago con restos de alimento y olor a éter; todas las demás vísceras pálidas; la vejiga con poca orina; hay, además, hemotórax izquierdo como de dos litros.

Mella, en resumen, murió a consecuencia de una partícula que se ocupó entre tórax y vientre con eficacia de un proyectil de fuego. Lenta, muy lentamente, la muerte le cercó en la Cruz Roja, y al fin resultó más veloz que la ayuda médica.

5

La sola personalidad de Julio Antonio Mella se encargó de apenumbra políticamente el asesinato. Y más, su muerte, entre los cofrades del cubano, recibió los tributos de un nacimiento —antes, inclusive, de trasladar el cadáver del Hospital Juárez al 45 de la calle de Mesones, sede del PC mexicano.

El primero de estos tributos, ante la Embajada de Cuba, pasado el mediodía, consistió en un ruidoso plantón que prodigó mueras al gobierno de Gerardo Machado. Fue un acto de sencillez e ira tal vez muy legítimas, expresión de serio repudio e indignación.

Apenas se sabía lo esencial el viernes por la mañana. La voz sustituyó al diario.

Esa mañana Valente Quintana llevó la primera muestra de su tan conocida pericia delincencial al Juzgado Segundo Penal: un estudiante cubano de veinte años de edad y empleado de una carnicería, José Flores, y un adolescente de dieciséis, Anacleto Rodríguez,

ambos domiciliados en el 22 de la calle Abraham González. Los dos muchachos aseguraron en su declaración haber visto caminar por la calle de Abraham González a una mujer en compañía de dos hombres, cuando uno de ellos se apartó, rompió el trío que formaba el grupo, y disparó contra el otro.

A todo esto ¿quién era Tina Modotti? Un reportero se llevó un retrato único:

Salí de Italia en 1914 y vine a Estados Unidos, en donde conocí el año de 1916 a Roubaix de Richéy, a quien cariñosamente llamaban Robo. Era un pintor y poeta, y después de dos años de amistad, nos casamos en 1918. Fuimos muy felices, se lo aseguro... Luego emprendimos el viaje a México y aquí murió en 1922 de viruela, habiendo yo regresado a Estados Unidos en donde edité un pequeño volumen con sus poemas. Después regresé a México y permanecí trabajando con entusiasmo en la cuestión revolucionaria internacional, y al mismo tiempo me dedicaba a mis trabajos de fotografía, habiendo tomado parte en una exposición en la que obtuve el primer premio.

Tal vez todas estas palabras de Tina Modotti, así como el relato que querían hilvanar, se resbalarían caóticamente en el cuaderno de apuntes de José Romero, el reportero de *El Universal* que la escuchaba:

Conocí después a Xavier Guerrero, que ahora se encuentra en Moscú, y sentí por él amor, habiéndonos relacionado, sólo que él emprendió su viaje a Europa por el mes de marzo del año pasado y, habiendo conocido por mayo o junio a Mella, me prendé de él; pero quise ser leal con Guerrero y, por el mes de agosto según recuerdo, le escribí y le contaba sinceramente que ya no lo amaba a él sino a otro hombre. Liquidado mi compromiso con él, quedé libre y amé a Mella. Ciertamente, Guerrero me escribió después de la

carta que yo le envié, pero era lógico esperarlo ya que tarda no menos de tres semanas la correspondencia entre México y Moscú, y él cuando recibió mi carta me había escrito frecuentemente. Así pues no había ninguna cosa borrosa en mis relaciones con Mella.¹²

Por la noche, desde el 45 de Mesones, sede del Partido Comunista Mexicano, se manifestó un tumulto semejante al que cercó a la embajada horas antes —aunque ya debía haber ganado elementos. Una pipa de agua más un forrado contingente del cuerpo de bomberos disolvieron la roja bola nocturna a las puertas del Teatro Nacional, por lo que Jesús Silva Herzog —ministro designado en la URSS— se animó a interrumpir una cena de despedida en casa para solicitar garantías al jefe del Departamento del Distrito Federal, José Manuel Puig Cassauranc, para la manifestación de duelo prevista para el sábado.

6

Un diario de la ciudad de México, *Excelsior*, introdujo en su edición del sábado 12 de enero los elementos de la distracción. Más aún, el diario se confería a sí mismo un ansioso papel protagónico:

Existen dos versiones acerca del origen del atentado: una es la que ya se ha dado a conocer y que se pone “en boca del moribundo” ratificada por su amante la señorita Tina Modotti y varios cubanos desterrados: que Mella fue asesinado por dos esbirros enviados por el gobierno de Cuba; y la otra, que tiene la policía y que nosotros hemos recogido por el dicho de dos testigos: que la señorita Modotti sabe quién fue el asesino.

Acerca de la segunda versión, el jefe de las Comisiones de Seguridad, Valente Quintana, supone que la tragedia no tiene por origen la política cubana sino que es de origen pasional.

En la mañana del sábado se impuso un seguro sentido investigativo. El agente del Ministerio Público adscrito al Juzgado Segundo Penal, Telésforo Ocampo, Jr., solicitó tres permisos al juez Alfredo Pino Cámara. El primero para amparar el desahogo de dos cateos, uno en el departamento de Tina Modotti y otro en la casa de José Magriñat, en busca de algún indicio que orientase el rumbo de la investigación. El segundo, para enviar oficio al Departamento de Migración de la Secretaría de Gobernación para obtener una lista de inmigrantes cubanos desde diciembre de 1928 hasta el pasado 10 de enero. Y el último, para realizar una inspección ocular y reconstruir los hechos en la calle Abraham González.

El cortejo fúnebre salió de la calle de Mesones hacia el mediodía, en lo que la policía del Estado entraba con la plenitud de sus facultades legales al departamento de Tina Modotti en el quinto piso del edificio Zamora.

De un tiempo a esa parte, el departamento de Tina Modotti se había convertido en una suerte de punto de referencia, vital a los asuntos partidistas, por lo que estaba lleno de distintas convenciones de la hospitalidad política.¹³ Los agentes obtuvieron varios trofeos del departamento. Una pistola calibre .45, obsequio de Xavier Guerrero. Los desnudos fotográficos que le hizo el fotógrafo Edward Weston en 1924 y una nota de éste, con fecha del primero de noviembre de 1928, que pasó más o menos inadvertida a la luz de una foto de Mella desnudo. La orden de cateo era carta blanca hacia una parte de la vida interior de un Partido Comunista que en meses había visto crecer su alcance junto al ímpetu opositor en contra del innombrable estado callista —y por qué no: junto a las pugnas y oposiciones en el seno del mismo partido.

Al desnudo fotográfico de Mella en el botín del cateo se sumó una breve carta de advertencia enviada al cubano desde la ciudad de Nueva York, con fecha del 14 de diciembre de 1928, su diario y una requisitoria amorosa a la compañera italiana, escrita el 11 de septiembre de 1928, proveniente de Veracruz. Además, el borrador de una carta de rompi-

miento que debió recibir Xavier Guerrero en el Hotel Lux de Moscú con la firma de Tina Modotti. Los agentes traían poder y línea más allá de la jornada legal. Por los periódicos todo buen lector se enteró del diario íntimo, las cartas de amor, los desnudos; pero en esos mismos periódicos no se dijo una palabra de la pasión policiaca por higienizar la vida de Tina Modotti —la gran pasión de un Valente Quintana seguro que dos hombres acompañaban a la italiana la noche del crimen. Fueron objeto de lento, cuidadoso y hasta torpe escrutinio los materiales de su trabajo cotidiano como fotógrafa y redactora de *El Machete*. El botín del cateo se completó con más correspondencia: dos cartas familiares, de su madre y de la de su difunto esposo, Roubaix de l'Abrie Richéy, más una carta de la esposa del escritor y sindicalista estadounidense Scott Nearing, y siete cartas de su hermano Benvenuto Modotti, miembro de la Liga Antifascista y del PC en California, y una carta de Xavier Guerrero firmada con seudónimo y fechada en Moscú el 24 de junio de 1928.¹⁴

En lo que el cortejo cumplía su lento recorrido hacia el Panteón de Dolores, Valente Quintana llevó a declarar a un tercer testigo.

La versión de los hechos de este nuevo declarante, Luis Herbich, el propietario alemán de una panadería ubicada muy cerca del lugar de los hechos, ratificó la expuesta por José Flores y Anacleto Rodríguez. Más aún, permitió un careo, en el despacho de Valente Quintana, entre la italiana y el panadero.

—Si usted dijera la verdad, señora —le dijo Valente Quintana— se evitaría usted estas molestias. Como asegura usted que quiso y amó mucho a Julio Antonio, ¿por qué no dice la verdad? ¿Quién fue el que los acompañaba y mató a Mella?

—Es falso, yo no lo he visto, no lo conozco; la agresión fue tan violenta que no me di cuenta.¹⁵

Magriñat se presentó en el Juzgado Penal Segundo, tres o cuatro horas después que cayera la última paletada sobre la tumba de

Mella. Y negó haber informado a Mella de la llegada de dos enviados del gobierno de Cuba para asesinarlo. Entre tanto, ella regresó a su departamento. Valente Quintana apostó con vehemencia a la complicidad de Tina Modotti y obtuvo que se le arrestara domiciliariamente.

7

La carta dirigida a Julio Antonio Mella desde Nueva York, fechada el 14 de diciembre de 1928, llamó poderosamente la atención a lo largo de la jornada dominical.

Una jornada, por cierto, en la que cupieron dos manifestaciones en Veracruz y Tampico en repudio al asesinato de Mella. El mismo domingo, según se sabría más adelante por los periódicos, fue la fecha acordada para realizar demostraciones de protesta por lo de Mella en algunos países de Latinoamérica.

Emilio Portes Gil, presidente de México, seguía con cierta puntualidad el desarrollo diario de este caso. Quién sabe cómo leería en los recortes de prensa: la hoquedad dramática en algunos titulares, la insidia gaseosa de algunos reporteros y comentaristas, así como el interesado cabildeo legista de los amigos de su amigo David Alfaro Siqueiros. Si se conoce, en cambio, la carpeta con recortes de prensa y otros papeles en los que Portes Gil siguió el asunto —pero esto vuelve más enigmática su lectura, casi hasta la veda a nuestras luces; remite a los días de la jefatura máxima, expresamente, y nos obliga a incluir en la interrogación a Plutarco Elías Calles.¹⁶

La carta enviada desde Nueva York fue uno de los saldos en el cateo sabatino y la firmaba un Leonardo Fernández Sánchez. Su texto era éste:

Las noticias últimas que he tenido el mismo día que salí de Cuba, exigen en nosotros el máximo de precauciones, tanto en lo que a correspondencia concierne, como a nuestra situación. Aquí hay policías cubanos vigilando a Calixto

de la Torriente y al de la fracasada intentona. Nosotros también lo estamos: tenemos pruebas. Para París me consta que ha salido alguien de La Habana con ese fin y he avisado ya a nuestra gente. En M. [México] existe plena seguridad de que sobre todos ustedes hay estrecha vigilancia, sin que pueda asegurarte su autenticidad, persona de crédito movida en mi asunto, enteró a otro que me advirtió de que parecía allá habría gente y que habría quien habría salido con propósitos drásticos con respecto a ti personalmente.¹⁷

El documento invitaba a imaginar al pequeño grupo en la sesión íntima —al discutir qué hacer, apasionadamente y con gran indignación, con tedio y angustiosamente, en el departamento del edificio Zamora: entre verdaderos cofrades íntimos o entre la pareja sola. Sin embargo, Valente Quintana se apegó a su idea del crimen pasional. Debíó creer en ella con fuerza pues, por convicción profesional antes que por imposición ajena al caso, no dejó aire a la hipótesis de un motivo político. Fue tieso en su vehemencia especulativa el agente Quintana. Y en su opinión, la carta de Nueva York ofreció la coartada sensacional a “la atractiva veneciana de ojos negros y mirar profundo”,¹⁸ quien conocía muy bien al asesino: el tercer hombre.

El agente imaginó la pequeña sesión en el departamento del Zamora alrededor de esta advertencia. Imaginó tal sesión, insisto, movido por la confianza y la experiencia, antes que por cierta información recogida a alguno de sus agentes, a sus antiguos subordinados o a sus amigos personales en cada una de las diferentes organizaciones policiacas que existían en México.¹⁹ La carta disparó la fantasía del agente sin conmovier su adustez, y es probable que su error consistiera en apostar todo y con perseverancia a una sola rivalidad, la amorosa, para entender este crimen.

El fotógrafo Joaquín Santa María registró la multitud convocada por la sección veracruzana del Partido Comunista Mexicano para

mostrar en una marcha por varias calles del puerto su repudio al asesinato de Mella.²⁰

El domingo, por último, intervino en las averiguaciones un psicólogo criminalista, Maximiliano Langsner. El especialista conversó con Tina Modotti hasta la una de la mañana y llegó a una conclusión idéntica a la de Quintana: crimen pasional.

8

Excelsior esposó con virulencia la versión pasional y amorosa del asesinato de Julio Antonio Mella, y en su edición del lunes 14 de enero publicó en sus planas algunos fragmentos de la correspondencia de Tina Modotti, obtenida durante el minucioso cateo sabatino en su departamento.

Xavier Guerrero, "el misterioso señor X", en Moscú desde la segunda mitad de 1928 y con quien Tina Modotti tuvo fugaz relación amorosa, salió a cuento en esta misantropía a través de la prensa para despachar las tiranas liviandades de esta italiana.

Esto la llevó a declarar el lunes:

Sólo sí quiero protestar contra las declaraciones que un diario de la mañana pone en boca mía. Nada de eso es verdad. Yo no he dicho que mi verdadero amor está en Moscú. Esas son patrañas tendenciosas que como otras que están forjando por allí, tratan de torcer el camino que deben tomar los que están investigando. También les suplico que no se vuelva a hablar de "amantes" míos, sino de "compañeros". No es que yo rechace el primer vocablo; es que el segundo es el más propio. Me gustan las cosas claras y honradas.²¹

Por cierto que la versión política del crimen, contraparte necesaria y clave imprescindible, tenía poca fuerza pues en ella sólo creían quienes se empeñaban asimismo en promoverla: camaradas de partido y amigos.

Ese lunes se presentó a rendir testimonio al

Juzgado Segundo Penal la señora Virginia Castaños, con domicilio en el 19 de Abraham González —precisamente la casa frente a la cual cayó Mella. Las palabras de este testigo, por la sola circunstancia de su estatus civil, se impusieron a las tres intelecciones previas: el panadero, el carnicero y el adolescente. Ella aseguró que oyó exclamar a Mella herido que había sido mandado asesinar por el gobierno de Cuba. Poco después se dijo que la pistola calibre .45, propiedad de Tina Modotti y confiscada durante el cateo, no fue la que mató al cubano; los médicos legistas aseguraron que los disparos habían sido hechos con una pistola calibre .38.

Enrique Díaz, un fotógrafo tan sensible como Joaquín Santa María en el puerto de Veracruz, realizó en la ciudad de México un puntilloso registro de una faena policial: la reconstrucción nocturna del crimen en su mismo escenario, en la esquina formada por la Avenida Morelos y la calle Abraham González.

El propósito de esta reconstrucción fue liberar a Tina Modotti. La defensa aprovechó la puesta en escena para exhibir, entre todas las posibilidades del último instante digamos completo de Mella, aquella en la que una pareja dobla en la esquina prevista por el pistolero, que espera agazapado tras la barda de cierto lote baldío para bien ejecutar sus órdenes. Ahí mismo Diego Rivera disertó sobre la luz y las sombras de la noche en ese punto preciso de la ciudad. Señaló faroles y calculó el arco de la hoz proletaria de la luna. Habló de balística y de resonancia de materiales. Imposible, dictaminó el pintor bajo su Stetson, que algunos vecinos hubieran visto lo que sostenían haber visto el jueves pasadas las nueve de la noche: una mujer y dos hombres; así que por la banqueta sólo caminaban Mella y Tina Modotti; ya lo señalaba la autopsia: la trayectoria de los disparos era de izquierda a derecha y de arriba a abajo, así que era preciso desechar la versión de los disparos a la altura de la banqueta y notar el propicio refugio de la barda.

— Todos los testigos están de acuerdo con

Tina en decir que las detonaciones se oyeron más bien como de automóvil —dijo el sabio elocuente que fue Rivera—. Este sonido ahogado es característico de cuando se tira con arma corta desde una barda de material fofo como el tepetate. Todo hace admitir que un hombre tiró desde atrás de la barda, lo que se explica perfectamente, porque Tina Modotti no vio a nadie.

Esa noche Tina Modotti ayudó con algo más que su memoria: dirigió la puesta en escena, por así decirlo, con la ayuda de un hábil, parlanchín, ocurrente, atento director artístico, Diego Rivera, y bajo la estricta e inquisitorial supervisión del productor, Quintana. Un gendarme hizo las veces del cubano, y la empresa al fin mostró, con algún convencimiento, el sitio en el que se apostó el asesino para acomodar los dos disparos: la parte alta de una barda de adobe en la acera oriente de Abraham González.

Para los periodistas y la prensa, Diego Rivera mencionó esa noche que ante la falta de pruebas para sostener la versión pasional del crimen, el juez tendría que exigir la responsabilidad por la desvirtuación y el tiempo perdido en la investigación desviada.²²

9

Rudimentaria ficción de justicia.

El martes por la mañana dieron comienzo las diligencias judiciales presididas por el juez, Alfredo Pino Cámara, su secretario, Alberto Casamadrid, y el agente del Ministerio Público, Telésforo Ocampo, Jr. La investigación entraba en nuevo tranco y Tina Modotti fue llamada a comparecer.

Este interrogatorio fue parte de la comedia de la más rauda y errática averiguación, litigioso y muy concurrido disimulo. Un interrogatorio, por cierto, acicateado esa mañana por la indebida publicación del diario de Julio Antonio Mella en *Excélsior*.

—¿En qué fecha conoció usted a Mella?

—Sin precisarla, fue durante la campaña de Sacco y Vanzetti, a principios del año pasado, en esta ciudad, sin que por entonces lo tratara, sino que simplemente me fue presentado y tan sólo nos saludábamos.

—¿En qué fecha la requirió a usted de amores?

—El año pasado, en el mes de junio; le correspondí en septiembre.

—¿No tenía usted relaciones con ninguna otra persona?

—No me encontraba ligada espiritualmente con otra persona, al simpatizar y querer a Mella; con anterioridad me desligué de un compromiso anterior.

—¿Conoce usted a Xavier Guerrero?

—Sí, lo conocí en Los Angeles, California, a donde fue comisionado por la Secretaría de Industria, en 1923, a exhibir arte popular.

—¿Qué ideas políticas tenía?

—Era y es comunista, afiliado al Partido Comunista de México.

—¿Quién cree usted que haya tenido ideas más firmes sobre el comunismo, Mella o Guerrero?

—Ambos.

—¿Está usted segura?

—Absolutamente.

—¿No considera usted como un ultraje a una persona o a un amor, tener correspondencia amorosa con otra? En otros términos: ¿teniendo relaciones íntimas con uno, no lo ultraja si se escribe de amor con otro?

—Sí lo considero.

—¿Le tenía usted gran cariño a Guerrero?

—En su época, sí.

—Usted, teniendo relaciones con Mella, ¿creyó bueno recibir regalos de otra persona?

—¡Oh! Sí, de amigos.

—No, se trata de personas que tenían intenciones amorosas para usted, ¿es honesto, lícito o moral, recibir esas dádivas?

—Si yo hubiera sabido que lo hacían con un fin amoroso o interesado, no lo hubiera aceptado; pero hay muchas maneras de ofrecer un regalo.

—¿Usted puede afirmarnos si Guerrero le profesaba gran cariño?

—Sí, puedo afirmarlo; pero el amor que tenía por mí era inferior al fundamental en su vida, el que sentía por la revolución, estando dispuesto a sacrificarse por aquél.²³

Nadie supondría que Tina Modotti daba así indicios de sus días y su medio; menos, que los delataba.

Entonces, Diego Rivera y Miguel Covarrubias montaron una suerte de defensa pública de Tina Modotti, la amiga a la que conocían desde los días de vino y rosas con el fotógrafo estadounidense Edward Weston cuando ambos vivían en la casa marcada con el 42 en la calle Veracruz. El mismo martes los dos acudieron a las oficinas del *Excélsior* en busca de una satisfacción mínima: ¿cómo era que documentos de investigación se encontraban en el periódico y no en el juzgado?, preguntaron en carta abierta a Rodrigo de Llano, director de *Excélsior*. Tal parece que Rivera y Covarrubias en vano intentaron proteger a Tina Modotti, detener el rudo juego del extrañamiento civil al que invitaba la prensa.

Los alegatos jurídicos en favor de Tina Modotti corrieron a cargo del viejo abogado porfirista José María Lozano.

El asunto había incrementado su densidad. Y la noche del martes, por sorpresivo decreto del presidente Emilio Portes Gil, el jefe del Departamento del Distrito, José María Puig Cassauranc, informó a la prensa la destitución de Valente Quintana como jefe de las Comisiones de Seguridad. El cambio, se dijo, atendía al reproche de parcialidad de este investigador. El coronel Casimiro E. Talamante, por acuerdo presidencial, dejó la Jefatura de la Policía Judicial del Distrito Federal para ocupar el cargo de Quintana.

A la mañana siguiente la versión amorosa se esfumó casi por completo, en tanto que la

política y sus motivos empezaron a acomodarse en las páginas de los periódicos, en las reflexiones editoriales, así como en las pesquisas policiacas.

El cambio de guardia comportó una inquietud distinta: José Magriñat cayó preso y el embajador de Cuba se retiró del país.

Quintana habló demasiado rápido, festinó en público su conjetura inicial, tal vez hasta él mismo fue quien prodigó el trofeo de su cateo a *Excélsior*. Pero cómo asegurar que él o sus agentes pusieran fotos y cartas en las manos de Rodrigo de Llano; en menos de una semana, Quintana perdió el caso. El tanto fue para la defensa: los cofrades de Tina Modotti, quienes sostuvieron siempre la versión política de un delito que implicaba exclusivamente al estado cubano. Más aún, la defensa fijó así la inteligibilidad política del asesinato. El escándalo estaba consumado —tan consumado como la versión de la muerte de Julio Antonio Mella.

El domingo 10 de febrero, al cumplirse un mes del atentado, Tina Modotti asistió a un acto político público: la protesta por el asesinato del dirigente cubano, organizada por el Socorro Rojo Internacional, la Liga Antimperialista y un verde Comité Pro Mella. Y poco después, la muchacha fue a Oaxaca —estuvo en Tehuantepec y Juchitán.²⁴

10

El expediente estuvo cerrado durante años.

Un día, León Trotsky lo abrió para decir merecidas (pero también interesadas) pestes de Vittorio Vidali, a quien responsabilizó de la primera purga del PC mexicano en el año de gracia de 1929. Mella y Tina Modotti y todos conocieron a Vidali bajo el nombre de Enea Sormenti —y Trotsky dijo que era un agente de la Unión Soviética.²⁵ Si en efecto una persona más acompañaba a la pareja —y pienso que lo dicho por los primeros testigos encontró en Quintana al peor de todos los promotores posibles—, tal vez Vidali-Sorrenti fuera quien completaba el trío que dobló en Morelos y Abraham González, la persona que caminaba

por la parte exterior de la acera, junto a Tina —colgada del ileso brazo derecho de Mella. Vidali-Sormenti, el hombre a quien se vio huir de la escena del crimen tras cuidar muy bien que Mella pasara lo más cerca posible de la barda de adobe. O bien Vidali-Sormenti diseñó esta escena.

Si lo anterior se aproxima a lo que sucedió realmente, entonces ya no sabemos quién obligó a Tina Modotti a purgar su descrédito.

De lo que sí se puede estar seguros es que José Magriñat apenas estuvo en prisión, pues sus implicaciones con la muerte de Mella eran tales que no se le pudo recluir. Además: es seguro que el estado mexicano lanzó una gran ofensiva contra la izquierda en el año de 1929.

En primer lugar, el jefe de Operaciones Militares del estado de Durango fusiló el jueves 16 de mayo de 1929 a José Guadalupe Rodríguez, exvillista, tesorero de la Liga Nacional Campesina, secretario general del Partido Duranguense del Trabajo y jefe de las Defensas Agraristas. Luego el diputado Gonzalo N. Santos el martes 28 de mayo asestó otro golpe al PC mexicano: el desafuero del diputado Hernán Laborde —miembro de su Comité Ejecutivo, secretario general de la sección mexicana del Socorro Rojo Internacional y secretario de Organización del Bloque Obrero y Campesino Nacional. A la siguiente semana siguió otro golpe: la clausura de las oficinas del Comité Central del Partido Comunista y de la redacción y administración de su órgano periodístico central, *El Machete*. Rafael Carrillo, secretario general del PC, envió una circular a todas las organizaciones obreras y campesinas para dar a conocer estos hechos. “Corren además rumores de que las actividades de nuestra organización serán declaradas fuera de la ley”, añadió. Solidaridad y protestas, pedía Carrillo.

El resultado de las elecciones de 1929, o más bien dicho, el triunfo del candidato callista, Pascual Ortiz Rubio, sobre el resto de sus contrincantes calentó aún más el ambiente.

Y a partir de ese momento, la vida del nuevo presidente electo tuvo un precio. Más aún, el bienestar de Ortiz Rubio fue asunto de segu-

ridad nacional desde la primavera de 1929, y todo el empeño policial se fue en seguirle la pista a cualquier barrunto de complot.

Su desaparición era importante para el desarrollo del comunismo, asentó en declaración un muchacho cubano, nacido en 1902 y avecindado en México desde mediados de 1927, Rogelio Teurbe Tolón, y que un tal Saturnino Ortega Flores se ofreció a matar a Ortiz Rubio. Teurbe Tolón rindió tal declaración ante el jefe del Servicio Confidencial del presidente electo el sábado 14 de diciembre de 1929 — fecha prevista para la clausura de la exposición fotográfica de Tina Modotti, inaugurada el primero del mes en el vestíbulo de la Universidad Nacional Autónoma de México. Ese mismo día, Saturnino Ortega Flores cayó en manos de los agentes. Teurbe Tolón vivía en México desde 1928, había sido amigo de Julio Antonio Mella, condiscípulo en la Escuela Nacional de Jurisprudencia y correligionario en la ANERC; es difícil saber las presiones a las que él se sentiría sometido para escribir el siguiente mensaje:

Yo, Rogelio Teurbe Tolón, declaro al Sr. José Manuel Escalante que en virtud de las atenciones que he recibido de él y la sinceridad con que me ha hablado, estoy obligado, empeñando mi palabra de honor, a corresponderle en todo lo que me sea posible y a servirle en todo lo que se me ordene, para lo cual, declaro solemnemente no mezclarme más en ningún asunto político ni otro que se considere ilegal. Me comprometo a modelar mi vida para demostrar que soy hombre honrado y no causar más penas a mis padres que están en Cuba.

Ofrezco servirle de toda buena voluntad por gratitud en su modo de ser para conmigo.

México, D.F. 14 diciembre 1929
Rogelio Teurbe Tolón²⁶

Las palabras de Teurbe Tolón no sólo sirvieron para tenderle un cerco a Saturnino Ortega

Flores—quien se hacía llamar asimismo Cecilio Flores—, el miembro de la Local de la Juventud Comunista que se comprometió a cambiar su vida por la del presidente electo, sino que sus palabras sirvieron para dar la voz de alerta entre los siempre incorpóreos, tácitos agentes secretos y confidenciales de México.

11

El nombre de Saturnino Ortega Flores estaba en el expediente político de la “manifestación tumultuaria comunista” realizada el miércoles 20 de marzo de 1929 —en respuesta a la candidatura de Pascual Ortiz Rubio y la llamada Convención de Querétaro—, junto a los nombres de varios comunistas apresados aquel día en la capital, como el adolescente José Revueltas Sánchez. Ortega Flores declaró cuanto sabía o fue capaz de insinuar sobre algunas tareas del PC mexicano ante el coronel y jefe del Servicio Confidencial del presidente electo, José Manuel Escalante.

En un solo año en el PC, a los veinte, Ortega Flores ya había pasado por la secretaría general de la Local Juvenil y por la dirección del periódico *Estrella Roja*, al que él rebautizó como *Espartaco*. Luego del sexto Congreso Mundial de la Internacional Comunista, al que asistieron como delegados por México Rafael Carrillo y Enea Sormenti, el periódico recuperó su nombre anterior y Ortega, cesado del cargo previo, quedó entonces como secretario sindical del Comité Central. Su trabajo era eventual, como plomero en un establecimiento fijo, lo cual no le impedía realizar todo tipo de comisiones políticas en los estados de la república. La última comisión, como secretario de Agitación y Propaganda de la Local Juvenil, empezó en octubre de 1929 y consistió en repartir cinco distintos panfletos en los cuarteles en compañía del voceador Pablo Santa María, Manuel Romo, carpintero, y el estudiante Raúl Monzón.

Tres veces al menos el joven Ortega fue interrogado en su primera semana en la cárcel. La policía interceptó los mensajes o notas

que él envió desde ahí y cateó su domicilio. Ortega concedió al fin que estuvo en una reunión del Bloque Obrero y Campesino para discutir estrategias relacionadas con las elecciones, pero que él nada más propuso eliminar a Ortiz Rubio.

La desaparición imprevista del camarada Ortega Flores alentó ciertos temores en David Alfaro Siqueiros —a quien la delación de Rogelio Teurbe Tolón mostró en gesto entusiasta al escuchar la proposición de Ortega Flores en la citada reunión del Bloque Obrero y Campesino; pero Hernán Laborde, según el informe manuscrito de un tal Víctor Corona del servicio secreto de la policía, no vio angustia alguna en esta desaparición.

Enea Sormenti supo que debía ocultarse de inmediato —y logró hacerlo tan bien que ni los suyos se enteraron de su paradero. El no sólo sabía las artes del conspirador sino además estaba bastante familiarizado con la perfectible reserva de los cuadros.

Tras el asesinato de Julio Antonio Mella, Rosendo Gómez Lorenzo, el ruso Julio Ramírez y el italiano Sormenti imprimieron un signo distinto al PC mexicano y se intensificó notablemente la disciplina partidista. Sormenti y los suyos obtuvieron recursos económicos provenientes de Moscú —de la Comintern y de la Internacional Juvenil Comunista, presumiblemente—, y con la aquiescencia de Rafael Carrillo y Hernán Laborde expulsaron a algunos viejos militantes: Ursulo Galván, Pedrueza, Luis G. Monzón y Diego Rivera. Día tras día aumentaba el entusiasmo de tan renovada oposición, así como cierta desconfianza entre las filas: un elemento de las juventudes comunistas, expulsado ese mismo año junto con cuatro compañeros de partido, sostenía que el dinero de Moscú servía para las disipaciones éticas y crapulescas de Sormenti y los suyos y no para ayudar a presos y desempleados.

En efecto, el PC llegó a considerar tan seriamente la eliminación de Ortiz Rubio que —además de la valentona por la que destacó Saturnino Ortega— otro miembro de las Juventudes, José Gallardo, regresó de Rusia a

finales de enero de 1930 con indicaciones precisas para Sormenti. Ya desde el resultado de las elecciones la cúpula del PC mexicano anticipó que se les perseguiría y trataría de eliminar, por lo que implementó precauciones con domicilios y correspondencia. En sus reuniones las más de las veces ni se tomaban notas ni hacían falta las agendas. Se sabía lo imprescindible, se memorizaba para olvidar, se preguntaba lo mínimo. El fervor tiernísimo de la disciplina y la obediencia podía atenuar sin abolir la angustia de las persecuciones supuestas. A Sormenti, y a nadie más, buscó Gallardo en los primeros días de febrero. “Ahora verás, hermano, qué susto se va a poner el gobierno cuando pongamos en práctica las directivas que traigo de Moscú”, confió a un camarada.

Sin embargo, Sormenti no apareció y Daniel Flores vació su arma contra el Cadillac de Ortiz Rubio.²⁷

12

Víctor Corona se movía a su gusto entre los comunistas y estaba al tanto de los domicilios de Hernán Laborde y Enea Sormenti. Su palabra de agente sirvió para integrar una lista de presuntos complotistas en el interior del PC. El nombre de Tina Modotti no estaba en la lista.

Entre los cincuenta comunistas que implicaba esa lista había siete extranjeros que en las últimas semanas de 1929 y al principio de 1930 abandonaron el país. La lista incluía los nombres de ocho mujeres: María de la Luz Ardizana, Esther Delgado Cuéllar, Ana Domínguez, Raquel Duarte, Emma Huerta, Rosa Martínez, Sara Méndez y María Velázquez. En el primer embarque partieron un lituano, Fayre Solovaichik, y un rumano, David Halperin. El segundo embarque, que partió al día siguiente del atentado a Mella, cargó con cinco extranjeros más. Entre ellos: Julio Gómez, también conocido como Julio Rosovski o como Julio Ramírez —a quien la leyenda confunde con el camarada Evelio Vadillo, famoso comu-

nista en esta época de depuraciones, en su confinación siberiana.

Los tiros de Flores contra el Cadillac en el que iba Ortiz Rubio el 5 de febrero de 1930 lanzaron a los agentes por algo más que el pobre diablo que atraparon *in situ*. La policía fue sobre locales y casas habitación por cuanto comunista y vasconcelista quiso. Los de la hoz y el martillo, como nada debían pues Flores no era de los suyos, esperaban que la cosa se aclararía pronto; por eso la redada, como decía Siquieros, los agarró literalmente a la puerta.

Las deportaciones de comunistas a fin de año se reanudaron ante la consumación del atentado. Y la policía se afanó muy especialmente en dar con Enea Sormenti.

Nadie pudo contra sus artes de consumado escapista. La ciudad se convirtió en un pajar que hacía avanzar torpemente a los perseguidores y entonces se decidió encarcelar a Tina Modotti: ella, a través de recados al exterior, interrogatorios, indicaría el camino a Sormenti. Llevarla a la cárcel no sólo permitiría vigilarla sino obtener nuevos indicios —de lograr lo mismo que con Saturnino Ortega.

Unos cincuenta años después, el gordo parlamentario en que se había convertido Vittorio Vidali imaginó el último arresto mexicano de Tina Modotti al volver de una excursión a Contreras. “A su regreso Tina encontró su casa bloqueada por agentes que entraron a ella e introdujeron el desorden sin encontrar absolutamente nada”.²⁸ La verdad es que el viernes 7 de febrero Tina Modotti les abrió la puerta a tres agentes y tuvo miedo entonces que nadie supiera lo que había pasado con ella. El jueves 13 la enviaron a la Penitenciaría, desde donde le escribió a dos amigas estadounidenses: Mary L. Doherty, en la ciudad de México, y Beatriz Siskind en Nueva York.

Querida María: Me encuentro en la Penitenciaría desde el jueves en la tarde. Aquí es mucho peor, una verdadera celda de hierro y piedra y la comida, pues te la puedes imaginar. Creo que se debe hacer algo, si no quién sabe cuánto tiempo me

dejen aquí. Consúltate por favor con alguien —tal vez [Miguel O. de] Mendizábal pero no le digas que yo lo mencioné. Pienso que es necesario ver a un abogado. ¿Crees que el Lic. [José María] Lozano quisiera intervenir? Dile que tengo por el momento 400 pesos, los de mi viaje que estaba juntando, puedo conseguir más. Pregúntale qué puede hacer. Tú sabes que aquí generalmente sólo traen a los que ya han sido sentenciados, de modo que esto es un procedimiento arbitrario. No decir a nadie cómo supiste que estoy aquí, podrían perjudicar a quien tan amablemente se ofrece a ayudarme y a mí también. Di que lo viste en la calle o cualquier cosa. Como te puedes imaginar, está prohibido enviar recados. Gracias por todo y recibe un abrazo de quien sólo por un enorme esfuerzo de voluntad no se vuelve loca.

Doherty vivía en el 42 de Minerva, esquina con Balderas, y “quien amablemente” se ofre-

ció a ayudar a Tina Modotti entregó su mensaje a los agentes —quienes copiaron su contenido—, antes de llevarlo a su destinataria. En cambio, la carta a Siskind no salió del país.²⁹

Vittorio Vidali, mientras tanto, se quitaba la identidad de Enea Sormenti. El cambio menos notorio fue en el corte de pelo. Quizá se lo podría haber ahorrado. Sin embargo, el cambio más notable fue más veloz que el anterior. Tomó en préstamo el pasaporte del peruano Jacobo H. Zender, presidente del Comité Manos Fuera de Nicaragua. Semanas más tarde, a bordo de un barco carguero, Tina Modotti se alejaba del territorio mexicano —ahora por un litoral distinto al que la vio llegar en 1923. El *Edam*, su barco, zarpó de Veracruz el 24 de febrero. Con ella viajaban, en calidad de deportados, Isaak Rosenblum y Johann Windisch. La escala en Tampico fue oportunidad que aprovechó Vidali para salir del país con los documentos del camarada Zender.³⁰

Ella, al principio, no reconoció a Sormenti.

Notas

¹ La primera versión de este ensayo apareció en *La Cultura en México*, suplemento de la revista *Siempre!*, 27 de abril de 1979. Me animé a retomar ese escrito para reescribirlo e incluir algunos datos y documentos sobre los que no cabía abundar en *Una mujer sin país. Las cartas de Tina Modotti a Edward Weston, 1921-1931*, México, Cal y Arena, 1992, 155 pp. El ensayo, tal como está, lo presenté en “Tina Modotti: una vita nella storia. Convegno internazionale di studi” (Universidad de Udine, marzo de 1993).

² Archivo General de la Nación, México, *Presidentes*, Grupo Documental Pascual Ortiz Rubio, exp. Comunistas/Atentado Presidente, núm. 1930, fol. 168A.

³ John Skirius, *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*, México, Siglo XXI, 1978, p. 186.

⁴ La información sobre la actividad de J.A. Mella en Cuba en el prólogo de Fabio Grobart a la recopilación de escritos de Julio Antonio Mella, *Escritos revolucionarios*, México, Siglo XXI, 1978, pp. 15-27.

⁵ La información sobre Rusell S. Blackwell en exp. Comunistas/Atentado Presidente, núm. 1930, fol. 168A, en Archivo General de la Nación, México, Grupo Documental Pascual Ortiz Rubio, *Presidentes*.

⁶ Alejandro Gálvez Cancino, “L’auto-absolution de

Vidali et la mort de Mella”, *Cahiers León Trotsky*, 26, junio de 1986.

⁷ Julio Antonio Mella a *El Sol*, 20 de junio de 1928.

⁸ Rogelio Teurbe Tolón declaró que tanto J.A. Mella como otros cubanos en el exilio buscaban a José Magriñat “para sacar punta al lápiz”. “Sabíamos que iba a la Embajada, que trataba a los hijos del embajador y sabíamos que hay aquí, en México, un jefe de los espías, que recibe del gobierno cubano seiscientos dólares mensuales”, *Excelsior*, 15 de enero de 1929.

⁹ Declaraciones de Samuel Moreno a *Excelsior*, 16 de enero de 1929.

¹⁰ El texto del acta levantada por el comisario del segundo turno, Fernando Carrillo, *El Universal*, 12 de enero de 1929.

¹¹ *El Universal*, 12 de enero de 1929.

¹² *El Universal*, 15 de enero de 1929.

¹³ El departamento de Tina Modotti hacía las veces de “salón”, según Rosendo Gómez Lorenzo en un manuscrito inédito de Vittorio Vidali citado por Christiane Barckhausen-Canale, *Verdad y leyenda de Tina Modotti*, Cuba, Ediciones Casa de las Américas, 1989, p. 31. El departamento de Valentín Campa, en la calle de San Miguel 119-17, era otro habitual centro de reunión de

muchos comunistas, según informe policiaco en el Archivo General de la Nación, *Presidentes*, Grupo Documental Pascual Ortiz Rubio, exp. Comunistas/Atentado Presidente, núm. 1930, fol. 160A.

¹⁴ Las cartas de Edward Weston, Assunta Modotti, Rose Richéy, Grace Nearing y Benvenuto Modotti las halló Christiane Barckhausen-Canale en el Archivo del Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista en Cuba. Aunque hasta hoy se ignora cómo llegó hasta allá esta pequeña colección de documentos, Barckhausen-Canale supone que se trata de los papeles que la policía mexicana confiscó el 11 de enero de 1929. Barckhausen-Canale cita la carta de Guerrero, pero no me explico por qué no la incluyó en esta colección. El texto de la carta de Weston, tal vez la única que se conserva: "Tina querida: si he sido factor importante en tu vida, es seguro que tú lo has sido en mi vida. Cuanto me has dado de hermoso y fino es ya una parte de mí y conmigo va a donde la vida me lleve. ¡No hay que darle más vueltas a esto! Mi amor en ti se amerita —Edward". Véase Barckhausen-Canale, *Verdad y leyenda de Tina Modotti*, pp. 153-156.

¹⁵ *Excelsior*, 13 de enero de 1929.

¹⁶ El expediente relativo a la muerte de Julio Antonio Mella 1/630/811, Grupo Documental Emilio Portes Gil, *Presidentes*, Archivo General de la Nación, México.

¹⁷ *El Universal*, 14 de enero de 1929.

¹⁸ Así se la llamó en *Excelsior*, 14 de enero de 1929.

¹⁹ Alvaro Basañ, uno de los corresponsales de Plutarco Elías Calles, mencionó en una carta las vinculaciones profesionales de Valente Quintana en esa época. Véase Plutarco Elías Calles, *Correspondencia personal (1919-1945)*, introducción, selección y notas de Carlos Macías, México, Instituto Sonorense de Cultura/Gobierno del Estado de Sonora/Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca/Fondo de Cultura Económica, 1991, pp. 237-238.

²⁰ Una buena selección de las fotografías de Joaquín Santa María aparecen en Bernardo García Díaz, *Puerto*

de Veracruz, Colección Veracruz: imágenes de su historia, Gobierno del Estado de Veracruz/Archivo General del Estado, 1992, 383 pp. Las imágenes de la manifestación en el puerto no están en el libro; las vi en casa de la viuda del fotógrafo, la señora Inés Delgado, en mayo de 1990, mientras los fotógrafos Alicia Ahumada y David Mawad, y el propio Bernardo García Díaz, trataban de salir con bien de un fabuloso norte de rollos de negativos y copias que conservan la vida en el puerto a lo largo de muchas décadas de este siglo.

²¹ *Excelsior*, 15 de enero de 1929.

²² Esto último así como las palabras de Diego Rivera en la escena del crimen al llevar a cabo la reconstrucción de lo sucedido la noche del jueves 10 de enero en *La Prensa*, 16 de enero de 1929.

²³ *Excelsior*, 16 de enero de 1929.

²⁴ Andrés Henestrosa dijo haber recibido en 1929 una carta de Tina Modotti proveniente de Juchitán. La carta, dice, la extravió en el interior de un libro, en Oralba Castillo Nájera, *Renato Leduc y sus amigos*, México, Domés, 1987, pp. 183-184.

²⁵ León Trotsky, "Stalin quiere mi muerte", *Escritos 1939-1940*, vol. 2, t. XI, Pluma, 1976, pp. 317-338.

²⁶ Véase exp. Comunistas/Atentado Presidente, núm. 1930, fol. 168A, Grupo Documental Pascual Ortiz Rubio, *Presidentes*, Archivo General de la Nación, México.

²⁷ Esta versión del cambio en el PC mexicano en 1929 está en la declaración rendida por Raúl Monzón, 11 de febrero de 1930, exp. Comunistas/Atentado Presidente, núm. 1930, fol. 168A, Grupo Documental Pascual Ortiz Rubio, *Presidentes*, Archivo General de la Nación, México.

²⁸ Vittorio Vidali, *Retrato de mujer*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1984, p. 15.

²⁹ El texto de estas dos cartas en Antonio Saborit, *Una mujer sin país. Las cartas de Tina Modotti a Edward Weston 1921-1931*, México, Cal y Arena, 1992, pp. 150-152.

³⁰ Véase Christiane Barckhausen-Canale, *Verdad y leyenda de Tina Modotti*, pp. 181-183.

NUESTROS ARTISTAS.

El Maestro Melesio Morales.

